



THELMA  
FARDIN  
EL ARTE DE  
NO CALLAR  
AUTOBIOGRAFÍA  
ENTRE EL  
SILENCIO Y  
LA IMPUNIDAD

THELMA FARDIN

# EL ARTE DE NO CALLAR

AUTOBIOGRAFÍA ENTRE  
EL SILENCIO Y LA IMPUNIDAD

 Planeta

## **CAPÍTULO 1**

---

Estoy casi dormida y tengo 25 años. A lo lejos escucho el segundero del reloj nuevo que colgué en mi nuevo cuarto, en mi nuevo hogar, después de ponerle pilas nuevas. Pienso en Cortázar y en sus dichos sobre los relojes, y confirmo que nosotros somos un regalo para ellos. Somos una ofrenda al tiempo.

- 05/2009 Pasé la noche más dura de mi vida. Fui marcada a fuego.
- 12/2017 La actriz Calu Rivero hace pública una carta en la que explica lo mal que la hizo sentir Juan Darthés por una serie de atropellos hacia su persona en su espacio laboral en el año 2012.
- 12/2017 La actriz Natalia Juncos hace pública una situación similar vivida con la misma persona en 2005.
- 02/2018 La actriz Ana Co hace pública una situación similar sufrida en 1999.
- 03/2018 Este tipo demanda a Calu Rivero por «daños y perjuicios».
- 03/2018 Este tipo denuncia a Anita Co y Nati Juncos por «calumnias e injurias».
- Yo decido dejar de callar.
- 05/12/2018 Radico una denuncia en Nicaragua por violación en contra de este tipo.
- 11/12/2018 Hago pública mi denuncia ante los medios, acompañada por el colectivo Actrices Argentinas.

Los tuits, comentarios y titulares mencionados fueron parafraseados y/o reformulados.

## Epílogo de un grito

**M**e encantaría que un día nos levantásemos y de repente todo fuera mágicamente equitativo, justo e igualitario. Pero estamos lejos de esa utopía, no somos esos seres. La desigualdad que vivimos en nuestra sociedad es como un péndulo que durante muchos, muchos años estuvo suspendido de un lado, sostenido por la fuerza patriarcal. Gracias a la búsqueda de la igualdad, el péndulo ahora va en dirección al punto medio, al equilibrio. Y, como es natural, lo hace con cierta fuerza. Esa fuerza ejercida por el impulso feminista era necesaria para vencer la resistencia que lo sostenía. Sumada a la caída por el propio peso de lo insostenible, la velocidad adquirida, colateral pero necesaria, genera errores, arrebatos e impulsividad. Sin impulso, no hay caída. Se nos pide que demos esta lucha sin errores, con paz y templanza, y aunque es lo que intentamos y predicamos, es verdaderamente arduo y agotador ver y sentir que la pared que empujamos constantemente a favor de todas las personas (incluidas quienes integran la resistencia) es un muro rígido de negación, desinformación y egoísmo. Hoy, la equidad en el mundo no existe. Eso

es un hecho. La fuerza que busca calibrar esa igualdad se llama feminismo. Feminismo es reconocer que la balanza desfavorece a la mujer, y querer hacer algo al respecto por el bien común. Todo lo demás, por defecto, atenta contra la equidad. La mesa se mueve porque una pata está más corta. El feminismo quiere emparejar las patas, el machismo quiere que se quede como está. Sos uno o el otro. No se trata de elegir. Aunque no lo pronuncies, aunque no lo sepas, sos. Lo interesante a futuro sería que, en vez de que la persona «feminista» fuera reconocible, en vez de ser la excepción, fuera la regla. Que el señalado sea el sexista, el machista, y que se reconozca que la mano que señala pertenece a las y los defensores de la equidad. Es verdad que la pasión y el fervor a veces pueden empañar la visibilidad del objetivo original —el bien común de todas las partes—, pero te invito a leer las cifras alarmantes, desgarradoras y frustrantes sobre personas que sufren por culpa de la desigualdad. Es difícil en ese contexto obrar desde la paz, porque duele y da impotencia. Pero se puede. Y lo vamos a lograr.

No se va a caer. Lo vamos a tirar.  
#MiráCómoNosPonemos



Supongamos que estás sufriendo una enfermedad, una condición que quizás no te mate pero que definitivamente te hace sufrir. Desde que la tenés en tu organismo, la agonía es constante y no podés vivir sin sentirla recorriendo todo tu cuerpo. Es pesada, una mochila de hielo y espinas. Pero te dicen que existe un tratamiento que te puede ayudar a sanar. No te garantiza para nada que dejes de sufrir, pero sí te traería cierto alivio. Ese tratamiento dura en promedio 7 años, el proceso es tortuoso,

agotador. Cuesta cantidades de dinero que nunca imaginaste. Dinero con el que probablemente no cuentes y que es totalmente improbable que alguien o alguna institución te vaya a facilitar; un tratamiento tan controvertido que puede hacer que la gente de tu entorno, incluso tu familia, dude de vos y hasta te abandone. ¿Qué harías? ¿Lo intentarías?

¿Por qué no hablaste antes?  
Mmmm... me hace ruido #YoNoTeCreo



El 96% de las denuncias de mujeres por delitos de violencia sexual<sup>1</sup> no son ni siquiera elevadas a juicio. Y solo el 1% llega a una condena.

*Eso habla de una tasa de impunidad muy grande.*

Esos solo son los efectos secundarios de un tratamiento con un pronóstico más o menos favorable. Y lo peor de todo es que, seas parte del 96% que queda impune o del 4% que llega a juicio o del diminuto 1% que logra llegar a una condena para su victimario, de cualquier forma no escapás a la condena social, ni a la revictimización; a pasar una y otra vez por «profesionales» a los que les contás lo asqueroso de lo que te tocó vivir. Las pericias, psicológicas y físicas; sí, nueve años después también hay pericia física. No escapás de los mensajes de desconocidos en tus redes sociales, las miradas en la calle, el dolor para tu familia, las corridas de tus amigos para contenerte... Y si alcanza conocimiento público, cuando el kiosquero te trata mal o el cajero te da el vuelto de mala gana, pensás que quizás sea por eso,

1 «Acceso a la justicia», fundación Red por la Infancia.

porque HABLASTE. Que quizás toda tu vida esté condicionada por eso para siempre. Aunque seas una presunta víctima, o una víctima avalada por la justicia, no escaparás del filtro machista del sistema.

¿Por qué yo necesité hacer la denuncia con la contundencia con que la hice? Porque había que intentar romper algo que siempre pareció indestructible. Una muralla gigante para las víctimas, invisible para la sociedad. Invisible hasta ahora. Porque había que golpear y quebrar algo instalado, siniestro, dañino y naturalizado. Porque un día vi claramente los hilos, negros, que amenazaban a mujeres que fueron más valientes de lo que yo había sido hasta ese momento, y cuyas confesiones y denuncias hacían eco en mí y despertaban recuerdos y sensaciones que nunca dejaron de acecharme. Entenderlo me sacudió y al mismo tiempo me encendió. Vi cómo nos querían callar. Vi cómo me mantuve callada. Escuché sobre las cartas documento a las víctimas y algo en mí se rompió. Un poco más. O tal vez se endureció, se asentó o decantó. Pero de alguna manera comenzó a ser claro y fue una voz imposible de silenciar. ¿Cómo no indignarse viendo esa amenaza tácita para todas aquellas que aún no habíamos hablado? Un ataque por contar que fuiste atacada.

La ironía yace en el «camino legal» que el victimario utiliza para defenderse. El victimario no solo contraataca a la víctima, sino que lo hace a través del sistema judicial que pretende ser justo. Un sistema que como víctima te parece la boca del lobo. La boca del lobo otra vez. ¿Cómo pueden decirnos «andá a la justicia» como si fuera lo mismo que ir a la verdulería? ¿Saben todo lo que tenemos que atravesar, incluso cuando tenemos la

posibilidad de hacerlo, porque nuestra denuncia no prescribió? Aproximadamente el 97% de las denuncias de mujeres por violación no prosperan.<sup>2</sup> Con esa estadística se amparan en «LA JUSTICIA». Las víctimas de violencia sexual<sup>3</sup> tardan un promedio de 33 años en poder hablar. Sí, 33. En muchos casos hablan una vez y callan 33 años, dice la estadística. 5 o 9 años ya no parecen tanto. ¿Y si miramos las leyes bajo las que vivimos antes de mandar a alguien al matadero como si nada? Me parece fantástico que quienes podamos vayamos a la justicia, pero solo si estamos informadas, queremos y decidimos a conciencia todo lo que eso implica. Porque el cuerpo lo seguimos poniendo nosotras y nuestro entorno. Porque en realidad, no nos garantizan nada.

Daaa... Ahora se acordó??!!  
9 años después lo cuenta?! Todo circo.



Lo que se revolió en mí es algo que quizás podría haberse limitado a sanar solo en mi fuero interno, quedarme en lo que fue mi proceso íntimo de reconstrucción personal, con mi terapia, mis amigas y amigos, mi familia. Pero ese mensaje mafioso —subliminal para una sociedad que está anestesiada con nociones utópicas de justicia que rozan lo absurdo— me produjo un efecto detonante y la necesidad de accionar yendo un poco más allá. «Tengo que salir a hablar y contar lo que viví». Necesito apoyar a estas mujeres que, sin saberlo, con su valentía, me hicieron comenzar mi proceso de sanación. Tengo que sumarme a esta batalla por la verdad. Es personal, como si me estuvieran diciendo a mí y a no sé cuántas más: «Cállense

2 «Acceso a la justicia», fundación Red por la Infancia.

3 Estudio australiano sobre abuso eclesástico: «Derecho al tiempo».

porque si no vamos a seguir quebrándolas desde este poder que tenemos». Cuanto más te adentrás, más te das cuenta de que el sistema les es funcional. El sistema patriarcal no es un invento feminista, es un hecho. El conocimiento es poder, y mientras más información tengamos, más herramientas vamos a poseer para combatir la ignorancia dañina que nos quiere dejar ciegas y ciegos ante estas situaciones de violencia. Los cambios que queremos no van a llegar solos, hay que provocarlos desde adentro del sistema, y para eso es necesario entender cómo funciona. Lograr reconocer sus fisuras y desigualdades para entender lo complejas que son y lo largo que es el camino que debemos forjar como sociedad para mejorar las condiciones que tenemos. Cambiarlo desde afuera es difícil, por eso tenemos que meter-nos. Tiene más que ver con poner el cuerpo, las emociones y la cabeza, que con hacer tuits «polémicos» desde el living de casa. Entender el problema, señalarlo y proponer soluciones. Hoy sobran las críticas, abundan los dedos señalando, pero a la hora de proponer soluciones y llevarlas a cabo son siempre, más o menos, las mismas caras.

Yo tenía la certeza de que necesitaba denunciar. Pero ¿cuál era el camino? No sabía nada de leyes. ¿Después qué me esperaba? ¿A mí también me iban a atacar? ¿Me iba a despertar un día con una carta documento adoctrinadora? Si el sistema, carente de herramientas para protegerme, no lograba darme resguardo, ¿dónde se suponía que lo buscara? ¿De qué elementos debía o podía asirme para enfrentar la epopeya de *romper el silencio*? Empecé a leer y leer y leer, y a tomar cafés con gente que sabía del tema, buscar abogados, buscar consejos, experiencias. Empecé a informarme —la verdadera llave sagrada de este y cualquier asunto—. *Conocimiento = poder*. Durante los meses

previos a mi denuncia, notaba que había algo que no estaba siendo lo suficientemente contundente. Que el vacío legal era funcional a las intenciones de silenciarnos. Una trampa con la que podían salir a decirles a mis compañeras: «Si es verdad, andá a la justicia», burlándose en nuestra cara. En la práctica, hasta que no decidimos hacer algo al respecto, nadie nos aclara que *la justicia* prescribe nuestro dolor. Mi caso, por ejemplo, no tenía lugar en Argentina y tardé mucho en enterarme, porque no tenía idea de que los delitos se investigan según el territorio, y en realidad no tenía por qué saberlo. Tampoco sabía si era posible radicar mi denuncia en la llamada justicia, si los delitos de esta índole prescribían o no en Nicaragua, si iba a poder viajar, si iba a conseguir los recursos, si me iba a dar el cuerpo para soportar tantas dificultades, si era lo suficientemente resistente.

Muchas noches tirada en el baño de mi casa, abrazada por mis amigas que llegaban corriendo a la hora que fuera, dije: «No puedo más», porque realmente así lo sentía. Pero sigo acá.

Denunciar es lo correcto pero para mí el video estuvo de más... ¿hacía falta el escrache público?



Se me recrimina la forma en que expuse mi denuncia. Ven con escepticismo y desconfianza la veracidad de mi relato porque me protegí para contarle en lugar de simplemente vomitarlo; porque nunca va a alcanzar. Aunque te expongas hasta los huesos. Sabiendo eso, sabiendo que lo hiciera como lo hiciese me iban a pegar, igual elegí exponerme, porque era más fácil soportar los golpes de afuera que los golpes internos que iba a darme si me quedaba de brazos cruzados. Decidí rodearme de corazones y mentes que quisieron ayudarme a exponer mi historia de la mejor manera posible. No existía un manual, no

existe, pero intentamos agarrarnos del amor y la intención de sanar. Muchos opinan del recurso, del marco que elegí darle a *mi* testimonio sobre la situación que viví, como si fuese algo ligero, evidente y de manual. Como si fuera lo mismo que criticar a Messi por dar un mal pase.

Ese proceso permitió que hoy yo esté de pie y alerta frente a todo lo que está por venir. Esa cadena de decisiones permitió que la problemática hoy esté en boca de todos. Lo que antes pasaba desapercibido o estaba naturalizado, ahora está bajo la lupa.

Siendo impulsivas no hubiéramos logrado lo mismo. Mi objetivo fue exponer la situación, y para hacerlo tenía que exponerme. Tenía que exponerme para que el ruido me protegiera. Porque el silencio es el mejor cómplice, el que juega a favor de la desigualdad. Si mi caso no se hubiera vuelto tan masivo, probablemente hoy yo estaría en una situación mucho más desprotegida, desfavorable. Una situación tristemente *normal*. El conocimiento y la indignación pública generaron la empatía y el apoyo que hoy me dan fuerza para seguir. Ante tanto odio y violencia, son ese amor y ese fervor de la gente por la lucha por la verdad, la equidad y la justicia los que me hacen sentir acompañada y empoderada para continuar.

El sistema está armado para que se descalifiquen este tipo de denuncias. Porque la infraestructura del sistema judicial es ineficiente y no posee suficiente gente capacitada para atender este tipo de casos. Cuando acusás, lo primero que sucede es que te sientan a vos en el banquillo de los acusados. En este delito, la primera pericia es sobre la víctima, sobre su cuerpo y su psiquis. Si denuncio que robaron mi departamento, primero buscan en las cámaras de seguridad del edificio; pero si denuncio que me

violaron, primero se fijan si mi cabeza está «inventando» y si mi cuerpo tiene marcas. Denunciás que sufriste, que te atacaron y una de las primeras acciones legales que realizan es hacerte a vos una pericia psicológica y física, pero no para cuidarte, sino para ver si no estás mintiendo. En ese sentido, creo que todo el sistema es igual, replica una misma lógica. El sistema judicial es un espejo que reproduce la desigualdad de la sociedad. ¿O es al revés? Quizás la gente nefasta como este tipo tiene la cintura para operar de esa manera simplemente porque el sistema lo permite y hasta los favorece. El huevo y la gallina. De cualquier forma, tiene que parar. Se tiene que equilibrar. Y en todo caso las preguntas deberían ser: ¿Por qué pasa? ¿Por qué dejamos que pase?

Desde el principio tuve en claro que, una vez realizada mi denuncia en la justicia nicaragüense, lo más probable era que a la brevedad se hiciese pública en Argentina. Vos y yo vivimos en el mismo planeta; el periodismo se nutre, más aún hoy en día, de información así. Existen periodistas conectados con la justicia para enterarse de estas cosas. Si yo no actuaba antes, iban a ser ellos los que anunciaran primero el asunto y llegaran a la puerta de mi casa con mil preguntas. Mil pequeñas pericias más.

Lo hiciera público o no, se iba a hacer público de todas maneras.

Lo primero que quise hacer fue radicar la denuncia en Nicaragua. Después de hacerme las primeras pericias, fui a la embajada argentina en dicho país y dejé asentado que había realizado la denuncia. Automáticamente, el cónsul que me recibió notificó a Argentina de esta situación. Ahí comprendí y decidí que si

mi denuncia, mi historia, iba a hacerse pública, prefería ser yo quien decidiera de qué manera revelarla.

¿Por qué el video tan producido?

Todo muy falso, muy actuado.



El video nace como una respuesta a una necesidad. Lo que cuento y cómo lo cuento es 100% yo, real, horriblemente verídico. Los amigos y amigas que me acompañaron en el proceso lo hicieron buscando cooperar y sumar a la causa desde su lugar, poniendo a disposición su tiempo, sus ganas, sus conocimientos, su amor. Trabajando juntos para enmarcar el mensaje en un contexto apropiado. Su función fue acompañarme en mi exposición para cuidarme y contenerme. Para darme la seguridad de que todo iba a salir bien porque estaba cuidada. No hice un corto, no filmé ficción, capturé mi relato del modo más conciso y, aunque no lo crean, moderado posible. Para que la gente tenga la información suficiente para comprender la situación que viví, sin exponerme de más o dar detalles que sí tendré que dar en la instancia legal. Conté todo lo que consideré que tenía que ser contado e incluso más de lo que creía poder resistir, y así intenté protegerme mejor del escarnio social, público.

Gracias a esto, no tuve que volver a contarlo. Las entrevistas que se sucedieron estuvieron enfocadas en visibilizar la problemática, en los miles de víctimas que empezaron a emerger, en la revolución de las voces que se encendieron. Todo creció de una forma que nunca imaginé, pero que hoy abrazo porque entiendo que fue el primer paso hacia un cambio favorable de paradigmas. Un paso hacia la sanación.

Sin la consistencia del video, probablemente me hubiese visto mucho más interpelada, perseguida y presionada por los

medios y la sociedad, con su lado más insensible ante una sobreviviente.

Incitar todo el tiempo a una víctima a relatar una y otra vez el hecho traumático es terrible, es revictimizarla. Como si las pericias para las instancias judiciales no fuesen ya suficiente humillación. Como si describir en detalle cada aspecto del hecho traumático fuese entretenimiento o requisito indispensable para que la sociedad tome partido. Es cruel, y muchos no se detienen a entenderlo.

En el camino, estuve muy acompañada y fui ganando conciencia sobre varios aspectos, sobre todo, entendiendo lo duro y complejo que sería atravesar un proceso así. Me conscienticé de las posibilidades que tenía, y de las que no, también. Para defenderse hay que tener recursos, pero para denunciar, también. Y muchos. De toda clase. Económicos, emocionales, vinculares...

Yo tuve suerte. Todavía no sé qué hice bien en el camino para tener el apoyo de tanta gente compañera, excepcional, tanta buena gente. No tengo ni tuve todos los recursos necesarios, pero hasta ahora siempre aparecieron personas solidarias, amorosas, empáticas y comprometidas en mi camino.

A diferencia de ese tipo, yo no tengo ni gasté una fortuna en abogados. Para defender a un inocente hace falta solo una convicción, para defender a un culpable hacen falta 500.000 razones. Quiero creer que de la verdad —de una tan profunda y expuesta a los ojos del mundo— no te salvás con dinero. Mi fortuna fue y es tener la posibilidad de sentarme a tomar un café con personas como Luciana Peker o Darío Sztajnszrajber, tener su mirada, su consejo, su guía, su amistad. Encontrar compañeras de trabajo comprometidas, amigos que me contienen, acompañan, escuchan,

asesoran, protegen y trabajan haciéndose carne la causa. Pero entiendo perfectamente que mi situación es privilegiada, que la inmensa mayoría de las víctimas no tienen un entorno así, y por eso creo imperativo visibilizar la problemática. Las víctimas que desgraciadamente sufren en entornos más hostiles, de menores recursos, sin manos que les den fuerza o aliento para dar batalla o simplemente para seguir de pie, a todas esas víctimas hay que visibilizarlas para que el Estado las priorice en su agenda y entre en acción. Hay que apelar al Estado para que haga lo que tiene que hacer, procurar mejorar y garantizar la calidad de vida de todas y todos (sobre todo de aquellas personas que sufren), y no solo de algunos incoherentemente privilegiados. Necesitamos que el Estado se aboque de manera eficiente a buscar y ejercer verdaderos cambios que mejoren las condiciones que afrontan las sobrevivientes. Con el estado actual de las leyes, el funcionamiento del sistema judicial pareciera estar armado específicamente para desalentar a las víctimas a llevar sus casos a la justicia. Está diseñado para que los victimarios gocen de los privilegios de su condición de poder.

Todo el proceso es revictimizante, porque no tenemos profesionales preparados para esta problemática. Tal vez ahora que toda la sociedad está conmovida y movilizada hablando del tema, sea con la postura que sea, el Estado se vea obligado a dar respuestas.

Yo no le creo a ninguno.  
Hay que esperar a ver qué dice la justicia...



Tu principal enemigo no es tu agresor, es el sistema. Es más poderoso, peligroso, y lo tenés que llamar justicia. Nos cierran la puerta judicial (otra más) porque muchos delitos prescriben, y si lo decimos, si lo gritamos, si algún día logramos contarlo

aunque sea para expulsar el secreto siniestro de nuestro cuerpo y que no nos carcoma más las tripas, nos exponemos a que nos lleven a la justicia con una denuncia penal por «calumnias e injurias». Para recordarnos que con el patriarcado no se jode. O con una denuncia civil por «daños y perjuicios». La víctima ya pagó con su cuerpo, con su dignidad, con su historia, y encima intentan rematarla al hacerle pagar con su patrimonio.

Aguante @juandarthes! Con los juicios que les va a hacer a las aborteras estas se va a hacer millonario.



La desigualdad es evidente y extrema. No obstante, existen personas que no logran hacer foco y, guiadas por el odio o por convicciones que nada tienen que ver con la temática puntual, apuntan sus cañones para hacer reclamos que no corresponden. Un ejemplo claro es la gente que le exige al colectivo Actrices Argentinas que, ya que me apoyó a mí en mi denuncia, se pronuncie de la misma manera en cada causa. No puede un grupo cumplir con las funciones que no cumple el Estado por su falta de políticas públicas. Ayudás a alguien y la respuesta es: «Ya que ayudaste a esta, ¿por qué no ayudás a esta otra, eh?». A la gente que interpela de esa manera, le preguntaría: ¿por qué no moverse uno mismo para ayudar a otros? Cuando respondés a una problemática señalando que no se está trabajando en otra, no estás realmente interesado en ninguna de las dos, sino intentando opacar el trabajo que se está haciendo. Si una problemática realmente te toca y te atraviesa, trabajás por mejorarla, no te acomodás en una crítica. Si te llega, es porque entendés lo difícil y agotador que es pelear para cambiar un sistema entero que desoye.

Hablar por hablar no es una solución. La crítica destructiva no lleva a nada. Estemos de acuerdo o no, de un lado se empuja

para mejorar e intentar salvar vidas, se empuja para condenar a los injustos y victimarios; del otro, se busca desprestigiar ese accionar, se busca lastimar desde la comodidad de la inacción. A muchas personas les preocupó más un grupo de mujeres empoderadas que un posible abusador.

Me tiene los huevos al plato el colectivo de actrices...

Acompañan solo a la gente que les conviene...



En lugar de salir a pedir que personas ajenas hagan un 11 de diciembre (día de la conferencia junto a Actrices Argentinas) de cada caso, lo verdaderamente interesante sería que sirva de ejemplo para que cada ámbito social, familiar, laboral geste su propio «colectivo» y se le dé espacio al debate de estos temas. Escuchar y leer a gente decir que les cansa que se hable tanto del tema es impactante. ¿Pasamos de la invisibilidad al spam tan rápido? Si hablar del tema les cansa, ¿por qué no ayudar a que se termine? El tema no se termina por dejar de hablarlo, eso es volver a hacer de cuenta que no existe. Existe. Salió a la luz. Demos pelea todos juntos para solucionarlo y que nunca más se tenga que poner sobre la mesa. Si, como piden,uviésemos que hacer un 11 de diciembre por cada denuncia, eso solo significaría que no avanzamos nada.

Estamos con vos! No estás sola. #YoTeCreoHermana.



Un amigo que me ayudó a pensar en el video me preguntó:

—¿Qué consejo le darías a la Thelma de 15 años?

—No hay consejo posible —respondí—. No hay consejo que me pueda salvar de lo que me tocó atravesar.



Sigue siendo muy difícil decirle a alguien que hable como obligación para sanar. Seguimos sumándonos obligaciones. Yo no puedo saber en qué contexto está cada persona que lee o escucha el mensaje. Si va a tener o no contención. No le puedo garantizar que «le van a creer». Puedo contar lo que me tocó vivir a mí, lo que yo transité y de qué manera. Por eso el camino para mí fue y sigue siendo narrar mi experiencia, nutrirme de otras ajenas y, a partir de ahí, accionar. Si algo de lo que yo hago sirve como disparador positivo o constructivo para alguien más, genial. Es como un ciclo que se renueva, dado que justamente yo hoy puedo hablar porque alguien más habló. Hoy más que nunca, las voces de liberación que algunos intentan callar están produciendo un efecto dominó que nació de una intención profunda y genuina. A la distancia, la veo como una cadena de favores, y creo que cada persona que alza su voz gracias a otra que lo hizo antes está abrazándola, diciéndole: «Yo te escuché. Yo te creo. Yo te entiendo», pero sobre todas las cosas, está expandiendo el cambio que necesitamos para hacer temblar el sistema hasta que se equilibre.

Gracias a que vos hablaste  
muchas también pudimos hacerlo.



En mi caso personal, vivo en un microclima de artistas que todo el tiempo están repensando lo *humano*. En ese sentido también me considero afortunada y privilegiada. Es importante reconocer las herramientas que tenemos al alcance, las que no, las que se presentan, las que nos quitan, todo. Este libro, por ejemplo, pretende ser una herramienta; un instrumento que aporte algunos conocimientos para estar a la altura de ciertas circunstancias, aunque sean conversaciones en la cena familiar

de fin de año para hacerle ver al tío que eso que está diciendo no está bien.

Yo me hice cargo de las herramientas que tenía a mi alcance tanto como pude. Al ser actriz y trabajar en ese ambiente desde muy chica, tuve la fortuna de formar parte y poder recurrir al colectivo que se había gestado muy poco tiempo antes, Actrices Argentinas, para visibilizar mi caso. Pero no por mi caso pura y exclusivamente, no para que la condena fuera sobre un solo nombre propio. No para ser *La Víctima* con tal nombre y apellido, sino justamente porque somos demasiadas víctimas, porque excede todo tipo de patrón en el que quieran encasillarnos. Profesión, edad, clase social o posición económica. Simplemente, reconocimos y utilizamos la capacidad de nuestro colectivo para convocar cámaras y miradas que potenciarían el alcance del mensaje un millón de veces, a través de rostros que te generaron miles de emociones desde sus interpretaciones en películas que te interpelaron, novelas que te acompañaron en la cena u obras que te conmovieron en tu butaca. Sabíamos que teníamos la capacidad de poner la problemática sobre la mesa y mostrar que no se puede seguir callando. Cuando no le ponés nombre, no existe. Y esto existe y lo comprobamos al ver la trascendencia que el tema logró al interpelar a cada persona, grupo y familia. La temática estuvo presente en las cenas de Navidad y Año Nuevo, y eso es un logro y un paso importantísimo. Más allá de que insistan en instalar ciertos nombres de los protagonistas de algunos pocos casos, esto ya nos trascendió. Empezaron hablando de Thelma y terminaron hablando de ellas, de sus amigas, conocidas, madres, hijas, primas, tíos, hermanos, vecinos, colegas. Empezamos callando y terminamos hablando.

«Terminamos» es un decir. Esto apenas se está despabilando.

La Peker, que está conmigo en esta odisea desde que decidí buscar la manera de hablar y avanzar legalmente, hoy cuenta el cambio positivo que vio en mí. Cuando nos tomamos el primer café en abril de 2018, fui vestida toda de negro, tapada de arriba abajo con un saco gris largo. Para mí eso era ser clásica, para ella fue la radiografía de una mujer que tapaba su sexualidad, una mujer programada para evitar llamar la atención. Hoy, cuando me visto, aunque elija colores sobrios, lo hago con una sensación de libertad que en ese momento no tenía, que no me permitía. Lo hago sin taparme. Si no tengo ganas, no uso corpiño; y aunque esto sea un detalle ínfimo en medio de este océano de palabras y conceptos, no deja de ser un detalle que compone el todo. Porque podemos no notarlo, pero nos adoctrinan en los detalles; nos inculcan la vergüenza por nuestro cuerpo, nos venden que el cuerpo «sexy» es el que tiene todos los atributos de la juventud, la juventud excesivamente joven. La niñez. Los pechos turgentes que resultan de las operaciones no son los pechos voluminosos de las que tenemos «mucho» por naturaleza; solo tienen esa forma cuando recién se desarrolla tu cuerpo, que habitualmente es mucho antes de tener la suficiente madurez emocional e intelectual para estar sexualizada. La piel sin marcas, la «piel de bebé», la piel depilada, es para asemejarse a la textura lampiña de las niñas, no de una adulta. Insisto en que el adoctrinamiento machista está en los detalles que naturalizamos al punto de no percibirlos, de ignorarlos y hasta defenderlos. Porque aceptamos que *es lo normal*. El contraste es claro: el estereotipo de mujer «sexy», de cuerpo sexualizado ideal, es el de la adolescencia, mientras que el estereotipo ideal

del cuerpo del hombre es mucho más amplio y se aproxima a la adultez, al desarrollo completo, al hombre alto, de espalda ancha, musculoso, barbudo y en algunos casos hasta las canas entran dentro del modelo. A la mujer sexy se la encasilla en un rango muy acotado (y joven) de características; para el hombre, el espectro es variado. Con abdominales está bien, con pancita cervecera también, depilado está bien, peludito está bien. Si todos venimos en formas diferentes, ¿por qué se aceptan más formas masculinas que femeninas? La diferencia es clara y es cultural. Culturalmente machista. Incluso es a las mujeres a quienes nos critican si «provocamos» ese «instinto incontrolable» que *parece* que tienen los hombres y que nosotras debemos evitar generar. ¿Nosotras lo generamos? ¿Lo que yo me pongo te provoca perder el control? ¿Yo sin quererlo, buscarlo o saberlo soy responsable de tu erección? ¿Yo te pongo así?

Es lamentable, pero hoy no te puedo decir que te tomes el tren vestida como quieras. Tristemente, todavía tenés que pensar en los posibles agresores cuando te ponés tela en el cuerpo. Pero no porque yo piense que «no hay que ser provocativas». Todo lo contrario. Todavía hay que ser precavida, inteligente y cuidarse. No es moral, es supervivencia.

Yo no entiendo, mirá las fotos que subís.  
Una mina que fue «violada» no hace eso. No te creo.



Es muy difícil. Es agotador. Es una odisea. Es una mierda. Ser y tener que ser la víctima que esperan que seas es algo imposible. Al principio, me enojó muchísimo ver todas las herramientas y los conocimientos que tenía que adquirir para seguir adelante con la denuncia. No alcanza simplemente con ser víctima, tenés que estar a la altura. Saber de género, de

feminismo, de terminología legal. Una vez más, tuve suerte. La suerte de que a mí me encanta leer, soy curiosa, la temática me mueve cada fibra porque marcó mi vida. Pero es injusto. Inaceptable. No puede ser que se le siga levantando la vara a las víctimas, pidiéndoles conocimiento, preparación, fuerza, paciencia, una familia ideal, una espalda económica considerable y ninguna deuda bancaria, cero noches de borrachera, antecedentes vinculares intachables, una vestimenta prudente y recatada, un cuerpo no sexualizado, básicamente nunca demostrar nada asociado a ser «provocativa», o humana... *Solo así es posible que le creamos, si no seguro lo está inventando.* Porque las víctimas tienen que ser víctimas perfectas; si no, no merecen nuestra atención o nuestro apoyo o nuestra fe. Es más fácil poner todas esas barreras que sentarnos a cuestionarnos cuántas veces habremos mirado para otro lado ante una situación de violencia.

Preferimos vivir en un mundo con mentirosas porque es menos perturbador que vivir entre monstruos. Negar es más fácil que creer.

Thelma miente. Fijate cómo se ríe en la foto  
del día de la grabación del video.



De mí se conocen mi estado de cuenta y el de mis deudas, el nombre de cada familiar y el tipo de relación que mantienen conmigo, si voy o no al psicólogo o al psiquiatra, se especula sobre mi preferencia sexual y mi supuesta ideología política. De mí se habló tanto que mi nombre y cara pasaron a convertirse en spam para muchas personas. Así y todo, parece que no es suficiente.

Nos quitan hasta el derecho a reír. A vivir. No esperan que seamos personas porque eso los conflictúa, necesitan que seamos víctimas perfectas. Necesitan vernos llorando, sufriendo. Ser víctima es un trabajo de 24 horas. Nos enseñaron que para ser buena víctima hay que callarlo o morir; la posibilidad de vivir con eso, de vivir a pesar del hecho, no está dentro de lo esperado. Nos vendieron la vergüenza y la culpa. Que salgamos de ese esquema les molesta. Incomoda que podamos corrernos de ese lugar y seguir adelante. Por supuesto que te cambia la vida, pero es posible hacer de ese dolor tu propia fortaleza. No nos perdonan haber sobrevivido.

Muchos de mis amigos tenían miedo de que saliera a hablar después de hacer público el video junto con la denuncia. La decisión de filmar un video contando lo que viví fue puramente para cuidarme. Sí, la intención era exponerme a mí y el caso, pero la idea de contar públicamente los detalles de lo ocurrido, me generaba pánico. Quebrarme frente a la cámara, dejarlo salir y contarlo una sola vez era la forma de no tener que repetirlo nunca más. Cualquier persona puede verlo hoy infinitas veces. Yo solo lo conté una. De hecho, yo vi el video completo solo en la conferencia. Mi idea era no tener que volver a contar nunca más nada relacionado con el hecho puntual, excepto en la justicia y las pericias. Pero cuando todo tomó la dimensión exacerbada e impensada que finalmente alcanzó, sentí la necesidad de salir a hablar, porque no quiero que se queden con esa imagen de llanto; no por mí, sino por todas las víctimas que me vieron. Es fundamental que tengan claro que se puede salir adelante. Que eso que te desdibuja puede ser a su vez lo que te constituya. La cicatriz va a estar para siempre, pero no le vamos a dar ese

poder también al victimario, no nos va a quitar las sonrisas y las experiencias positivas que nos quedan por delante. Mi llanto y todo lo que recorre mi cuerpo en ese video es real, pero eso no significa que yo viva mi vida con esa cara y esa energía.

Sí, claro, me paro delante de una cámara desde que tengo 6 años; claro que no es lo mismo para mí que para una persona que nunca tuvo contacto con ese mundo. Reitero: sabía que tenía herramientas a mi favor, recursos que seguramente muchas otras personas en situaciones parecidas a la mía no tienen. A su vez, seguramente esas personas tienen otras herramientas, otros recursos que yo no tuve ni tengo, pero ahí está el desafío, en identificar, aprovechar y hacerse cargo. Yo me hice cargo de mi rol, de mis posibilidades, y traté de usarlas a mi favor. Si yo, con todos esos recursos aún tenía miedo y dudas; si rodeada de amigas y amigos maravillosos, sentía que igual era peligroso; si en mi contexto me encontraba así de vulnerable, ¿qué le puedo pedir a una chica en condiciones muchísimo más difíciles? Si quiero que eso cambie, si voy a pronunciarme en contra de las injusticias, ¿cómo me voy a quedar de brazos cruzados una vez que abrí los ojos?

No solo se sabe que fue todo una puesta en escena,  
sino que su relato no suena convincente.



Dicen que el video es *la toma que mejor actué* y que los cortes de la edición solo fortalecen las sospechas. La realidad es que el video final que todos vieron es la recopilación de las únicas tomas en las que pude hablar sin romper en sollozos por completo. Quizás cuando este libro esté editado y en tus manos los videos en crudo sean públicos, y puedas ver y entender un poco más de lo que hablo. Ese día abrí mi corazón y expuse mi

herida. Nada más. Nada menos. Personas grises señalan que la producción, la elección del lugar, la ropa, la iluminación, el maquillaje, la edición, todas las cuestiones técnicas del video, lo convierten en una farsa. Que como mi profesión es ser actriz, estoy simulando. Entiendo que no todos conozcan cómo funciona esta profesión. Ojalá mis herramientas como actriz sirvieran en mi cotidianidad, pero no funciona así. Solo espero que no lastimen a la gente a su alrededor con su forma de pensar y manejarse. Y aunque intento no hacer nada de eso personal, supongo que un poco también me gustaría que se dieran cuenta de lo errado y dañino que es su juicio.

Es tan mala actriz que ni siquiera pudo llorar de mentira en su propio video. A otro perro con ese hueso.



La noche del 11 de diciembre me fui a dormir aterrada con la convicción de que amanecería con una carta documento. O con una noticia peor.

Estos son delitos que ocurren en la oscuridad. La única forma que tenemos de achicar esos espacios, de acotar la oscuridad, es iluminarla cada vez más. Exponerla. *La verdad saldrá a la luz...* De la misma manera, estos tipos —que encima socialmente se muestran como soles— le tienen terror a que sus actos sean iluminados. Y acá es importante que haga una aclaración: mi objetivo no es y nunca fue lastimar o ser verduga. Ni siquiera mi motor principal era castigar. Aunque por supuesto todos necesitamos justicia, pero justicia de verdad, casi como una palabra nueva que tenemos que inventar, otro paradigma, porque lo que hoy significa *justicia* no tiene mucho que ver con lo que imaginamos o creemos. Esto no se trata de ajusticiar socialmente a un criminal, ni de venganza, ni de una cuenta

pendiente. Mi prioridad es sanar, a mí y a las víctimas de este sistema patriarcal. No se trata de hacer sufrir a uno, se trata de cesar el sufrimiento de miles. Una de las maneras de sanar es hablar.

PUTA VIOLADA, LE QUERÉS CAGAR  
LA VIDA A UNA FAMILIA ENTERA.



No estoy de acuerdo con que nos tengamos que constituir todos como jueces cuando, con 4 o 5 datos que leímos en alguna red social, nos creemos capaces de sentenciar. Claro que sabía que, si mi voz era escuchada, iba a haber un daño colateral, pero no fue ese mi motor. Primero lo hice por mí y en segunda instancia por nosotras. Pero sigo sin buscar «castigar». Paula Wachter, fundadora y directora ejecutiva de la ONG Red por la Infancia, mujer a la que admiro profundamente y de quien tomé decenas de frases para este libro, me dijo: «Esto es una carrera de resistencia, no de velocidad». Para poder resistir los golpes, la convicción tiene que ser muy profunda y no un impulso de «venganza»; debe ser una búsqueda real de sanación. La venganza no te permite la resiliencia, querer sanar sí.

Mi intención no es incitar a otras víctimas a que hagan las cosas de la misma manera que yo. Por el contrario, mi deseo es que nadie tenga que vivir esta situación maratónica y nefasta. Mi anhelo más profundo es que esta explosión mediática que puso la lupa sobre mi caso pueda servir de antecedente, de punto de inflexión, de bisagra social y judicial para que las circunstancias y las mentalidades viren hacia caminos menos dolorosos. Soñar con un sistema más justo es difícil, pero creo que podemos ganar batallas que nos aproximen a eso. Todas y

todos debemos empezar a cambiar para que el contexto cambie. Las batallas que creemos pequeñas también suman y pueden ser gigantes. Ni siquiera hablo de actuar, de accionar, de salir a la calle. Hablo de hacer un clic en la cabeza. Por ejemplo, cambiar en la conciencia colectiva la idea de que «la violación tiene que ver con un escenario de forcejeo y gritos». Violación es la falta de consentimiento. Muchos juzgan y aseguran saber cómo deberías reaccionar siendo víctima. Es más, todos creen saber cómo reaccionarían ellos mismos. En este instante podría decirte cómo reaccionaría yo si me robaran la cartera en la calle. Cada uno de nosotros, en algún punto de su vida, lo pensó y expresó. Pero entre la imaginación y el hecho hay una diferencia abismal: tus emociones.

Más allá de todo lo que puedas pensar, lo más seguro es que en el momento reacciones como puedas y no como quieras. Si eso te pasa cuando te están robando un bien material y temés por tu vida, imagínate lo que le pasa a todo tu ser cuando lo que se ve violentado es tu integridad física y emocional.